

Octavio Campero Echazú: La sensual claridad



PRIMERA DE CUATRO PARTES

A mediados de la década del sesenta la nueva poesía de Octavio Campero Echazú causó un cierto desconcierto entre aquellos que, poco antes, habían gustado, alabado y difundido "Amancayas". Pero tal sorpresa no se debió a cambios estéticos o conceptuales; ya que los versos de "Voces" y de "Al Borde de la Sombra" mostraban las mismas virtudes de "Amancayas": claridad de las metáforas e imágenes. Lo que sí era notorio un alejamiento de lo repetitivo del Nativismo - que hacia unos años había dado ya dos poemas definitivos: "Las Cañas" y "Señor, yo quisiera", de Alberto Rodo Pantoja.

¿Cuál fue entonces la causa no sólo de aquél equívoco, sino del paulatino olvido que sufrió la obra de Campero Echazú? En Tarija, todos sabíamos que se instrumentó una noción ideológica del arte, para contraponerla a la cultura cuyo máximo exponente venía a ser este poeta. Actitud esa que, entre otras cosas, demostraba una indudable ignorancia de los testimonios sociales de varios de los poemas de todos aquellos libros. El Realismo Socialista staliniano-maoista, que exigía la denuncia en claros términos políticos de las injusticias cometidas contra los marginados, debía tener a un poeta que interpretara esa realidades. Es así que un joven comunista encontró ese elegido del Parnaso Revolucionario. Se trataba de un versificador que escribió dos o tres poemas de una cierta originalidad - al son de los reconocibles ecos nerudianos y al mismo tiempo desgajados de la música de "Amancayas". Los empeños propagandísticos del dirigente universitario, marxista, en esa época, encontraron un fértil terreno en la pasión mimética de mis paisanos; y de ahí que los poemas del vate popular fueron tenidos - y aún lo son- como vigorosas manifestaciones de la lucha de clases: y, en seguida, magnificados al ponérselas música, porque en esta forma adquirieron una dimensión melodramática que no evidenciaban en su oratorio verbal.

Ese versificador tenía otros méritos: su humilde origen y su declarada solidaridad con los cambios violentos y justicieros de la Revolución de abril de 1952. Postura ésa en verdad conmovedora, dado el delicado temperamento y la dulzura de su habla - que lo llevarían a las estampitas poéticas para niños. Sea como resultó siendo, se lo colocó en sillas difícilmente soñadas por él mismo. Sus versos se convirtieron en el pan cultural. Para descargo de la memoria del poeta, poco o nada tuvo que ver con semejante desvalorización y exaltación. Es más, estamos seguros que se había sentido avergonzado de tales desafueros.

Hoy en día es necesario poner las cosas en su debido lugar. Hay que limpiar la Casa de la Poesía de las telarañas que todavía dificultan la valoración de la obra de uno de nuestros más grandes poetas.

II

Una tarde cobijada en un tiempo de mi adolescencia, resguardada por una lluvia soledosa; en una de las aulas del antiguo claustro del que fuera convento de los jesuitas, y que entonces pertenecía al Colegio Nacional "San Luis", una figura menuda y delgada, sentada en una silla al borde mismo de la puerta de la clase, recordaba y decía: "**Recuerde el alma dormida / ¡avive el seso y despierte! / contemplando / cómo pasa la vida / cómo se viene la muerte / tan callando...**"; y detrás del humo de su cigarrillo y del otro cristalino de la lluvia, yo creí escuchar la voz pausada y enronquecida de la tarde misma -tal como la sigo oyendo en mi memoria-. Fue esa la primera vez que vi y oí al poeta Octavio Campero Echazú.

Después, casi todos los domingos, finalizada la misa de once en la Catedral, lo observaba caminar, sus manos bien metidas en los bolsillos del saco, con un dejo nervioso, hasta la esquina de la Plaza "Luis de Fuentes", donde está la hermosa casona hecha construir por su abuelo. Miraba a los que daban vueltas alrededor de la plaza, durante la retreta matutina; saludaba tocándose el ala del sombrero a quienes pasaban cerca de él y parecía vislumbrar las señas de otros paseantes de un tiempo que regresaba a su visión como una palabra

o acaso una frase que los evocaban; y por eso tal vez se sorprendía con una vaga sonrisa cuando las gentes que esperaba llegaban a su lado.

Luego, fui varias veces al chalet de la avenida Domingo Paz, para llevarle un libro o algún mensaje de mi padre. Desde esos días me sorprendió su figura: la de un personaje del Renacimiento italiano, que hacia olvidar su rostro agraciado con una simpatía abrumadora. Él me recibía con esa amabilidad señorial que era la sustancia de su carácter. Años más tarde, ya en la casa que adquiriera en la calle Ingavi, correspondiendo a la preocupación que demostró al saber que yo había sido herido en las luchas habidas en La Paz, en abril de 1952, lo visité, acompañado por el pintor Oscar Pantoja, para llevarle algunos libros y revistas de México: "Cuadernos" y "El Hijo Pródigo", y uno que otro disco que siempre escuchó con agrado. Antes de la publicación de "Al Borde de la Sombra", con mi padre y mi esposa, fuimos en variadas ocasiones a las veladas sabatinas llamadas "Octaviadas". En uno de los primeros tocadiscos que llegaron a Tarija-acondicionados para funcionar mediante baterías de camión, puesto que la luz era la de un pueblo escondido en el tiempo y el espacio-, con Octavio D'Arlach, por entonces Rector de la Universidad, René Salazar, los esposos Mentasti, que habían dado nombre a esas veladas; Heriberto Trigo Paz y otros habituales de esas reuniones musicales, escuchábamos tres o cuatro piezas, de Chopin, Schumann o de Beethoven, y asimismo las grabaciones nuevas que Octavio y sus amigos conseguían. Terminados unos breves comentarios, al calor de los vinos de Escapa, que el poeta y su esposa Della escanciaban generosamente, era una delicia oírle a Octavio algunas graciosas reminiscencias y sus apenas contenidos enojos ante las tropelías de los políticos, los estropicios y las necesidades de las autoridades tarifeñas. Recuerdo ahora la indignación suya, ya la nuestra, cuando un alcalde vándalo hizo cortar de cuajo el ceibo centenario de la plazuela Uriondo. En la siguiente reunión, nos leyó una de sus más hermosas poesías que condenaba ese lastimoso suceso. Yo creo que nadie puede olvidar que, en varios de sus poemas, Campero Echazú expresó su dolor por todas las desdichas de los chapacos, al tiempo que nos mostró las bondades del pueblo tarifeño a través de los universales valores del lenguaje.

(Continuará)

Edgar Ávila Echazú
Escritor tarijeño
Académico de la lengua

